

A continuació teniu un exemple de mètode Socràtic, que apareix en el llibre I de La República de Plató (336b-340a)

Entonces Trasímaco –quien, mientras dialogábamos, había intentado varias veces adueñarse de la conversación, pero había sido impedido en ello por quienes estaban sentados a su lado y querían escucharla íntegramente-, en cuanto hicimos una pausa tras decir yo aquello, no se contuvo más, y, agazapándose como una fiera, se abalanzó sobre nosotros como si fuera a despedazarnos. Tanto Polemarco como yo nos estremecimos de pánico, pero Trasímaco profirió gritos en medio de todos, clamando:

- **¿Qué clase de idiotez hace presa de vosotros desde hace rato, Sócrates? ¿Y qué juego de tontos hacéis uno con otro con eso de devolveros cumplidos entre vosotros mismos?** Si realmente quieres saber lo que es justo, no preguntes solamente ni te envanezcas refutando cuando se te responde. **sabedor de que es más fácil preguntar que responder, sino responde tú mismo y di que es para ti lo justo.** Pero no me vayas a decir que lo justo á es lo necesario, lo provechoso, lo útil, lo ventajoso y lo conveniente; sino dime con claridad y exactitud qué es lo que significa. pues yo no he de tolerar que divagues de semejante modo. [...]

Y él, habiendo oído [eso], sonrió muy amargamente y dijo: -Por Hércules!, **Esta no es sino la habitual ironía de Sócrates**, y yo había predicho ya a éstos que tú no querrías, no responderías y que si alguno te preguntaba harías como que no sabes o cualquier otra cosa antes que responder.

-Puesto que tú eres, dije yo, un hombre hábil, Trasímaco, sabes bien qué si a alguno preguntas qué es el número doce y al preguntarle le dices,

además: «Amigo, no me digas que doce es dos veces seis, ni tres veces cuatro, ni seis veces dos, ni cuatro veces tres, pues yo no aceptaría de ti si dijeras tales tonterías», es evidente, creo, que ninguno te contestaría a esa cuestión de ese modo planteada. Pero si él te dijese: «Trasímaco, ¿qué me dices?, ¿que no te conteste con nada de lo que tú me has dicho anteriormente? ¿ni siquiera si en ella se encuentra la verdadera respuesta y que yo diga otra cosa [distinta] de la verdad? ¿O qué me dices?», ¿qué le contestarías a eso?

[...]

- ¡Está bueno! -exclamó: ¡como si este caso fuera semejante a aquél!

- No veo por qué no, respondí-. Pero, aun cuando no fuera semejante, si al interrogado le parece que es semejante, ¿piensas que dejará de responder lo que le parece a él, si se lo prohibiésemos nosotros o no?

- ¿Y así has de obrar también tú? ¿Responderás alguna de las cosas que te he prohibido?

- No me asombraría si, después de examinarlo opinara que es así.

- ¿Y si yo te mostrara otra respuesta, además de todas éstas, acerca de la justicia, mejor que ellas? **¿Qué pena merecerías?**

- **¿Qué otra pena que la que conviene a alguien que no sabe?** Y sin duda lo que conviene al que no sabe es aprender del que sabe. Yo también merecería esa pena.

- Eres gracioso; **pero además de aprender, pagarás también dinero.**

- En cuanto lo tenga, ciertamente. - Lo tienes -dijo Glaucón-. Si es por el dinero, Trasímaco, habla. Todos nosotros aportaremos por Sócrates.

- Veo claro todo -protestó Trasímaco-. **Lo hacen para que Sócrates consiga lo habitual: que él no responda. sino que, a l responder otro, tome la palabra y lo refute.**

- **¿Y cómo podría alguien responder, mi excelente amigo -señalé-, cuando, en primer lugar, uno no sabe,** y después, si piensa algo, **un hombre nada insignificante le prohíbe que hable de las cosas que está considerando?** Más natural es que hables tú; ya que dices saber y tener algo que decir. No te niegues. pues. sino hazme el placer de contestar y no rehúses enseñar a Glaucón, que está aquí dispuesto, y a los demás.

[...]

- Escucha, pues - dijo Trasímaco-. **Afirmo que lo justo no es otra cosa que lo que conviene al más fuerte.** y ahora ¿por qué no me elogias? Pero no, no estás dispuesto a ello.

- Primero debo comprender qué quieres decir, pues aún no lo sé. Afirmas que justo es lo que conviene al más fuerte. Y esto, Trasímaco, ¿qué significa? Porque sin duda lo que afirmas no es, por ejemplo, que si Polidamante, el pancraciasta **[1]**, es más fuerte que nosotros, y le conviene -en lo concerniente al cuerpo- la carne de buey, este alimento es también conveniente y justo para nosotros, que somos más débiles que él.

- **Me repugnas, Sócrates:** interpretas la definición del modo que más puedas distorsionarla.

- Pero, mi excelente amigo, de ningún modo: expresa más claramente lo que quieres decir.

- ¿Acaso no sabes que en algunos Estados el gobierno es tiránico, en otros democrático y en otros aristocrático?

- ¿Cómo no he de saberlo?

- ¿y no es el gobierno el que ti en la fuerza en cada Estado?

- Sin duda.

- Bien. De este modo, pues, cada gobierno implanta las leyes en vista de lo que es conveniente para él: la democracia, leyes democráticas; la tiranía, leyes tiránicas, y así las demás. Una vez implantadas... manifiestan que lo que conviene a los gobernantes es justo para los gobernados, y al que se aparta de esto lo castigan por infringir las leyes y obrar injustamente. Esto, mi buen amigo, es lo que quiero decir; que en todos los Estados es justo lo mismo: lo que conviene al gobierno establecido, que es sin duda el que tiene la fuerza, de modo tal que, para quien razone correctamente, es justo lo mismo en todos lados, lo que conviene al más fuerte.

- Ahora he comprendido lo que querías decir; si es verdad o no, trataré de comprenderlo. Entonces, Trasímaco, también tú has respondido que 'justo' es lo conveniente, aunque a mí me habías prohibido que contestara eso; si bien a lo dicho en ese momento añades ahora que lo es para el más fuerte.

-Un añadido probablemente insignificante - dijo burlonamente Trasímaco.

- No está aclarado si no es importante; pero es evidente que eso debe examinarse, si dices la verdad. Yo estoy también de acuerdo contigo en que la justicia es alguna cosa de utilidad; pero tú añades y dices que eso es para el más fuerte. Yo eso lo ignoro y debe examinarse.

- Examínalo dijo.

- Eso haré. Dime a hora: ¿no afirmas también que es justo obedecer a los gobernantes?

- Ciertamente que lo afirmo.

- Veamos, pues: ¿son infalibles los que gobiernan en cada Estado, o pueden equivocarse?

- No cabe duda de que pueden equivocarse.

- Por ende. cuando se abocan a implantar leyes, unas las implantan correctamente, otras incorrectamente.

- Eso creo yo.

- Ahora bien, implantarlas correctamente significa implantar las que les convienen a ellos mismos, e incorrectamente las que no les convienen. ¿Así lo entiendes?

- Así entiendo.

- Pero una vez implantadas, los gobernados deben acatarlas, y eso es lo justo.

- ¡Claro que sí!

- En tal caso, es justo no sólo hacer lo que conviene al más fuerte, de acuerdo con tu argumento, sino también es justo lo contrario, hacer lo que no le conviene.

- ¿Qué dices? - exclamó Trasímaco.

- lo mismo que tú, me parece. Pero examinémoslo mejor. Por un lado, hemos acordado que, cuando los gobernantes ordenan a los gobernados

que hagan ciertas cosas, a veces se equivocan respecto de lo que es mejor para sí mismos; por otro lado, hemos concordado en que es justo que los gobernados hagan lo que les ordenan los gobernantes. ¿No hemos convenido ambas cosas?

- Pienso que sí.

- Piensa también que has estado de acuerdo en que es justo hacer lo que no conviene a los gobernantes -que son a la vez los más fuertes- cuando los gobernantes, sin querer, ordenan algo malo para sí mismos; y dices que para los gobernados es justo hacer lo que los gobernantes han ordenado. Entonces, sapientísimo Trasímaco, ¿no resulta así forzosamente que es justo hacer lo contrario de lo que tú dices? En efecto, de lo que afirmas resulta, sin duda, que se ordena a los más débiles que hagan lo que no conviene al más fuerte.

- [...]

1. m. Combate gímico de origen griego, que estuvo muy de moda entre los romanos, en el que la lucha, el pugilato y toda clase de medios, como la zancadilla y los puntapiés, eran lícitos para derribar o vencer al contrario.